

Stefan Gurtner

## PATA CHUECA

Si los perros hablaran...

(Fragmento)



Pasaron los días. Por la mañana nos quedábamos con los muchachos hasta que nos dieran nuestra ración de pan, luego vagabundeábamos por ahí, retozábamos al sol, trepábamos hasta el basural y nos llenábamos el buche con espinas de pescado y cáscaras. Las noches las pasábamos con los chicos en el calor del escondrijo.

Ellos de veras nos querían. Siempre que llegábamos al refugio nos recibían amistosamente, nos acariciaban y nosotros saltábamos hacia ellos, les lamíamos las manos y ladrábamos. Yo también comencé a quererlos. Era un sentimiento extraño.

El Grande era el que más me gustaba. Irradiaba una especie de sinceridad, franqueza, honestidad. Cuando nos daba algo, partía en dos trozos iguales lo que tenía y nos daba de comer de su mano. Su voz era profunda, agradable, y si bien nosotros no comprendíamos nada, se sentía el respeto y la amistad.

Del Pocaspulgas, al contrario, había que cuidarse porque era impredecible. Incluso cuando jugaba y se revolcaba con nosotros, podría ocurrir que de pronto nos pegara y pateara. Por las mañanas, cuando íbamos todos juntos a la ciudad, abría a veces los brazos, lo que significaba que debíamos saltar hacia él. Pero cuando lo hacíamos, de pronto se retiraba y caíamos al suelo. Entonces él se mataba de risa. También los otros se reían, incluso el Grande, pero era otra risa, más pura, más abierta. La risa del Pocaspulgas era malévola y solapada. Una mañana, mientras limpiaban fundas en la gran plaza, cogió a Chiquitín y le untó grasa negra en el pelaje. Los chicos se rieron. Chiquitín desesperado intentó quitarse con las patas la grasa del hocico pero no lo consiguió, más bien aquellas quedaron también negras.

Durante días se quedó la grasa en su pelaje y ya no quedaba la más mínima duda de que era un perro callejero de pura cepa. Él se daba cuenta de esto y se volvió cada vez más taciturno. Los dos nos echábamos uno al lado del otro y así también caminábamos en silencio.

El Ojoso nos trataba con decencia, nos acariciaba de vez en cuando, pero a menudo, sobre todo en las horas de merienda, se olvidaba de nosotros.

Gato, el más pequeño, era muy juguetón. Levantaba un hueso en alto y nosotros teníamos que saltar para arrebatárselo. Pero en eso no había maldad oculta como en el Pocaspulgas. En las noches abrazaba fuertemente a Chiquitín, quien a medida que pasaban los días, se ponía más y más melancólico.

Una tarde, en la que teníamos flojera de trepar hasta el basural y olisqueábamos sin ganas las piedras de las aceras en el centro de la ciudad, pregunté a Chiquitín qué era lo que le estaba agobiando.

Me miró tristemente -No puedo olvidar a mi gente- dijo.

Era tan sólo una sombra de aquel perrito que yo había

encontrado unas semanas atrás en las zanjas de las afueras de la ciudad. Había enflaquecido, estaba sucio y desgreñado, pulguiento y la grasa negra todavía pegada a su pelaje. Verlo era una cuadro que partía el alma.

-No sé cómo explicarles a los chicos que busco mi hogar -gimió.

Encontré un hueso tirado en el camino, lo pesqué y crujió cuando lo mastiqué, era un hueso de gallina.

Se quedó quieto y atrapó una pulga. Ya eran innumerables. -No sirve de nada -dijo-. Me acarician y me arrojan pan. No entienden. Ya no sé qué más hacer.

Por eludir a un hombre casi lo atropella un auto. -¡Presta atención! Si no, vas a terminar como aquél -le dije señalando un perro muerto con la cabeza aplastada contra la acera.

Apuramos el paso. -Terminar así no sería lo peor -murmuró Chiquitín-. No vale la pena seguir viviendo así.

-No puedes decir eso -repuse-. Yo que pasé toda una vida en la calle, jamás pensé en algo así. Uno debe alegrarse con cada espina de pescado que se encuentra, con el sol, con el cielo azul, con las nubes blancas.

Unos niños jugaban con una bolitas pequeñas y duras. Chiquitín se acercó a ellos como necesitado de consuelo. Pero los niños lo espantaron a patadas.

Asustado se hizo a un lado. No era ya el perrito humano, blanco y precioso que daba ganas de alzar y acariciar.

Chiquitín se sentó, se puso de cara al sol y miró hacia la ciudad debajo nuestro, con el nevado al frente. Sus ojos brillaban. -No puedo olvidar a mi gente -gimoteó nuevamente-. No entiendo por qué no me buscan.

Me dio lástima. Yo no podía comprender lo que significa saberse abandonado.

-¿Por qué esperas que ellos te busquen? Si no buscan ni a sus propios hijos. Además ya no te reconocerían -le dije.

-Ellos me amaban -husmeó. -Entonces te amaban más que a sus propios hijos -ladré-. Tu ves cuántos niños sin padres rondan por la ciudad.

-Tú no sabes nada de la vida de los humanos -dijo Chiquitín-. Ellos viven en familia. Los niños de los que tú hablas no son como los de mi familia. Mi gente trataba bien a sus hijos. Me miró desafiante. Yo gruñí.

-¿Por qué piensas mal de mi gente? -me preguntó-. Eran las mejores personas que puedas imaginarte, mil veces mejor que los chicos que nos adoptaron.

-No nos han adoptado -repliqué enérgicamente-. Somos nosotros los que nos hemos acercado a ellos. Yo no necesito ser aceptado por nadie. ¿Por qué defiendes a los humanos?

-Mi gente me trataba siempre bien -aunque no te guste escucharlo.

-Con los seres humanos hay algo que no termina de funcionar -dijo pensativo-. A sus perros les dan de comer tres veces al día, sabiendo muy bien que hay niños que tienen que buscar su comida en la basura. Si tú fueras una mamá-perro y encontraras a un cachorrito abandonado en la calle, ¿qué harías?

-¿Qué significa esto? -preguntó nervioso Chiquitín. -Respóndeme: ¿qué harías?

-Lo recogería y le daría leche -contestó. -¿Por qué los humanos no hacen eso? -ladré-. ¿Aman a sus perros más que a sus propios niños?

Se quedó callado. Largo rato nos quedamos tendidos pensativos.

-¿Tu gente tenía muchas fichas? -pregunté súbitamente a Chiquitín. Todo esto tenía que ver con ellas, ya lo sospechaba.

-¿Por qué quieres saber eso? -preguntó. -Tiene que ver con las tales fichas -le dije-. Unos tienen más y otros menos.

Chiquitín tragó -Mi gente tenía muchas. De vez en cuando me llevaban en su auto a una enorme cueva, donde había montones de comida y otras cosas más. Llenaban el auto con todo eso y entregaban muchas fichas

a cambio.

-Es lo que sospechaba -respondí.

-¿Qué cosa? -gruñó Chiquitín.

-Que los hijos de tu gente no necesitaban lustrar fundas; porque lo que tenían sus padres era suficiente.

-¿Y los padres de los chicos que trabajan en la calle para obtener esas fichas? -preguntó, pero yo noté que él sí sabía la respuesta-. Pero no por eso deberían dormir en la calle -ladré.

-No, no por eso deben dormir en la calle -repetí. Pero yo sabía que esos hombres tan infelices como nosotros los perros, no poseían nada. Yo había visto cómo bebían un líquido hasta perder el sentido y cómo las mujeres pegaban a sus hijos. Era por esto también que muchos escapaban de sus cuevas y preferían vivir en las calles.

-¿Cómo quisiera no haber visto nunca nada de esto! -gimió Chiquitín.

-Tal vez sea bueno que lo hayas hecho -le respondí-. Algún día hubieras muerto en la bien protegida cueva de tus humanos sin haber conocido la verdadera vida.

-No me hubiera perdido nada -dijo y mascó una pulga-. Y, además, ¿quién decide cuál es la vida real?

-Si tú encontraras tu hogar nuevamente, ¿olvidarías todo lo que has visto?

-Ya te dije que te alcanzaría parte de mis comidas a la entrada -respondió.

-¿Y eso sería todo?

Me miró perplejo -¿Qué más podría hacer? -ladré-. No podría cambiar nada si siguiera viviendo contigo aquí en la calle.

Lo peor de todo, era que tenía razón.

-Anoche tuve una idea -dijo Chiquitín de pronto.

-Cuéntame -le respondí afectuosamente.

-He pensado que me podría lanzar debajo de uno de esos autos -prosiguió Chiquitín.

Me estremecí -Ya te dije que no debes pensar en eso -protesté con firmeza.

-Me lanzo de tal forma que la rueda sólo me roce la pata.

-¿Y luego?

-Me quedo tendido y los hombres me llevan al sanaheridas.

-¿Dónde quién? -pregunté lleno de curiosidad.

-¿No conoces acaso al hombre que cura las heridas? Te llevan donde él y te sana heridas y fracturas. Él envuelve alrededor de la herida unas tiras de tela y te inyecta con una cosa punzante un líquido en el trasero.

Había visto a menudo gente con tiras de tela blanca. ¡Así que eso servía para curar! Pero que también lo hicieran con los perros....

-Una vez rodé por las gradas -ladré Chiquitín excitado-. Y me lastimé una pata. Mi gente me llevó donde ese hombre. Le dieron unas cuantas fichas y, al tiro, él hizo que ya nada me doliera.

-¿Qué quieres decir con eso? -pregunté desconfiado.

-Muy fácil -ladré emocionado-. El hombre me cura, me reconoce y me lleva de vuelta donde mi gente.

Sus ojos refulgían; se levantó. Yo le esquivé la mirada. -¿Qué opinas? -inquirió.

-No creo que los hombres te lleven al sanaheridas. ¿Nunca has visto perros tirados en la calle, heridos o muertos? A veces incluso los hombres están tirados sin que a nadie le importe.

-Pero, ¿por qué? -gimió Chiquitín.

-Posiblemente porque no tienen fichas. Tú mismo lo has dicho, que ese hombre recibe fichas a cambio.

Me miró fijamente.

-Resígnate -dije hoscamente. Ahora eres un perro callejero.

Stefan Gurtner. 1962 - Suiza.  
Radica en Bolivia desde 1987.